

20
VEINTE 23
VEINTITRÉS

QUIEN LA HACE, LA PAGA



LUIS A. SANTAMARÍA

Año 2023. España. Algunos de los empresarios más poderosos controlan de forma asfixiante la vida de los ciudadanos. Óliver es una víctima del nuevo sistema: debido a su pasado revolucionario, se le ha prohibido regresar a España desde Berlín. Todo cambia cuando, el día de su veintisiete cumpleaños, recibe de forma anónima la última fotografía de una misteriosa serie de cinco Polaroids. Cuando descubre que las fotografías son enviadas desde Ámbar, Óliver acepta el desafío de burlar la seguridad fronteriza para volver a su hogar y poner fin al gran misterio de su vida.

Pero en Ámbar se ha desatado la locura. La rebelde hermana de Óliver se ha metido en problemas con la ley. Alyssa Grifero tratará de protegerla, y para ello, tendrá que volver a vérselas, muy a su pesar, con «Don Perfecto», atormentado jefe de policía encargado de un caso que se complicará hasta poner a prueba su cordura: alguien está asesinando a foreros traviesos y utiliza un método nunca visto antes.

Índice

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Agradecimientos

«Cuando se hace daño, es menester hacerlo de tal modo que sea imposible la venganza».

Maquiavelo

Prólogo

Ya no recordaba cuándo se registró por primera vez bajo el seudónimo de Lando Calrissian. Debió de ser poco después del Suceso, en algún momento de 2018. En esos cinco años, el mundo se había convertido en un lugar peligroso, lleno de codicia desmedida y adoración por la superioridad.

Él se había divertido lo suyo, no obstante. La *tribu* había dado por el culo a esos empresarios, que no eran otra cosa que dictadores camuflados, y Lando lo había presenciado todo desde primera fila.

El reloj de la pantalla marcaba las 20:23 a la luz del flexo, lo que significaba que todavía faltaban treinta y siete minutos para que Jasper se conectara. Las últimas horas habían sido determinantes de cara al último objetivo estratégico de la *tribu*, y, según lo que se decía en el foro, Jasper guardaba información de gran interés.

Aprovecharía para poner algo de orden hasta que diera la hora. Mientras la plancha se calentaba, alargó el brazo por encima del teclado inalámbrico y acercó a sus labios la jarra de cerveza. Ese movimiento hizo que el gato, que estaba dormido al abrigo de sus michelines, se desperezara con un indolente bostezo.

El cuadrúpedo saltó de su regazo y corrió hacia el oscuro pasillo. Había oído un ruido en esa zona, más concretamente el del bombín de la puerta principal. Un chasquido que Lando no percibió por estar sumido en la estridente música que escupían sus auriculares.

El animal, en su camino hacia la puerta, tropezó con una feliz sorpresa: un rastro de granos de pienso lo conducía a lo largo del pasillo hasta un cuenco colmado de sobras de pescado. No era aquel el lugar donde su amo solía depositar el cuenco de comida, y además, él nunca le daba pescado. Un relamido fue todo lo que necesitó para comenzar a devorar la comida.

Hubo otro ruido. Al final del corredor. Con las orejas en punta, el gato levantó el hocico. Sus pupilas se dilataron.

Una figura apareció tras la esquina que el animal estaba observando, y lo hizo tan súbita y discretamente que se podría pensar que había surgido de la nada. La cola del animal se encrepó y sus ojos se entornaron.

En Ámbar no solían verse hombres así. Era esbelto y en apariencia joven, a juzgar por el brillo de su flequillo. Sus movimientos, eléctricos pero sutiles, recordaban a los de una serpiente en actitud de ataque. Llevaba un abrigo de color ceniza que casi barría el suelo, unos guantes de cuero marrón y botas del mismo color acabadas en punta. Sus pequeños ojos centelleaban detrás de unas gafas sin montura y de cristal ligero. Tenía una boca muy grande, y tan fina que daba la impresión de que se le iba a quebrar la piel al sonreír.

Cuando desapareció tras la esquina, el gato bajó la mirada y continuó con su particular banquete.

Una vez rebañada la última raspa de pescado, el felino se deslizó hasta el salón. Antes de saltar de nuevo sobre los voluminosos muslos de su amo, dio unos cuantos sorbos de un líquido espumoso que encontró esparcido en el suelo. Sabía amargo. Se acomodó al calor de la carne humana y cerró los ojos entre ronroneos.

Lando se hallaba dormido en su silla de trabajo, frente al monitor y con la cabeza apoyada sobre su hombro izquierdo. Si alguien hubiera observado desde la puerta, sin embargo, habría visto un charco de cerveza en el suelo,

junto a una jarra de cristal rota. Y si hubiera forzado el olfato, habría percibido un fuerte olor a carne quemada.

De la pantalla del monitor, pegado con cinta adhesiva, colgaba un papel. Este mostraba tres líneas dispuestas en distintas orientaciones y levemente separadas entre sí. Habían sido trazadas a mano:

Capítulo 1

Miércoles 20 de septiembre de 2023

La boca de Óliver Morales se abrió en un indiscreto bostezo en el que nadie reparó, porque nadie quedaba ya en torno a su mesa de trabajo.

El diseño gráfico de la NRET (Nueva Red Eléctrica de Transporte) era, objetivamente, la fase más sencilla del proyecto. Tan solo había que asegurarse de que las doscientas catorce estaciones quedaran repartidas por toda la pantalla, de forma que el plano resultara lo más interpretable posible.

Óliver examinó la plantilla de estaciones que tenía abierta en su tableta, integrada en la superficie de la mesa, y después alzó la mirada hacia el proyector, que era donde había diseñado el plano de la Nueva Red. Movié una de las herramientas de control hasta el icono que representaba la estación de Postdamer Platz y dio un toque sutil al *touchpad* de la mesa. La estación se desplazó unos milímetros. Se recostó en la silla y examinó el pequeño efecto del cambio que había creado mientras se masajeaba las palmas de las manos.

Mucho mejor.

Óliver había estado meses peleándose con las dimensiones y capacidad de carga de las estaciones. Muchas noches sin dormir y fines de semana sin salir, hasta que consi-

guió algo lo bastante bueno para enseñárselo al jefe de proyecto. O para sentirse satisfecho consigo mismo.

Mientras se enorgullecía de su limpio trabajo con el plano, una voz conocida lo interrumpió desde la retaguardia.

—¿Es que no vas a tomarte un respiro ni siquiera el día de tu cumpleaños, chaval?

No necesitó girarse para saber a quién tenía a su espalda. No conocía a un ser humano que pronunciara la palabra «chaval» (en castellano, pero con acento bávaro) de un modo tan fastidioso como Sebastian Hoss.

Óliver acarició el *touchpad* y el proyector se fundió en negro.

—¡Chsssss...! No tan alto, Sebastian —murmuró, mientras hacía girar la silla. El alemán aguardaba de pie, con las manos dentro de los bolsillos de su pantalón caído y la imborrable sonrisa que siempre llevaba dibujada tras su rizada barba vikinga. Lo más seguro era que tramara algo, pues rara vez se quedaba en la oficina hasta más tarde de la hora. Cora estaba con él—. No quiero que toda la compañía se entere de que hoy cumplo veintisiete.

El barbudo espécimen giró sobre sí mismo con estudiada lentitud.

—¿Sabes la hora que es? —dijo—. Aquí ya solo quedamos la secretaria y el *pringao* del becario, chaval. ¿Tendremos el honor de que el genio se digne acompañarnos a tomar unas birras en su gran día?

Óliver sonrió sin ganas y dirigió su mirada hacia Cora. No le salieron las palabras.

—Feliz cumpleaños, Óliver —dijo ella con una voz que a cualquiera le habría sonado neutra, pero que a él le pareció forzada—. Toma, esto es para ti.

El falso techo de la oficina se abrió y una luz dorada iluminó a la joven, que en ese momento estaba descubriendo la mano que tenía tras la espalda. Sujetaba un paquete engalanado con un lazo azul. Por la forma, un libro. Si Óliver

se hubiera atrevido a mirar a Cora a la cara, habría detectado un tic de inquietud en la comisura de sus labios.

Ella nunca le había regalado nada.

Cuando lo desenvolvió (con cuidado de no romper el papel), notó una inyección de emoción que lo pilló desprevenido. Se trataba de la versión en castellano de *El niño del pijama de rayas*, su novela favorita. Hacía ya años que se la había olvidado en casa de mamá, en Ámbar, y no había podido regresar a por ella. Ya se había dado por vencido tras recorrer sin éxito las librerías de medio Berlín. Una vez, en mitad de un descanso frente a la máquina de café de la oficina, se lo había comentado a Cora, pero no se imaginaba que ella todavía se acordaría de aquella conversación. Al parecer, la secretaria había buscado en el medio Berlín restante.

—No sé qué decir —musitó sin levantar los ojos del libro—. Te debo una, aviso.

Un aviso sonoro fue precisamente lo que surgió de una esquina de la tableta, interrumpiendo el incómodo momento. Venía acompañado de una ventana emergente. El mensaje anunciaba que había llegado a la empresa un envío a su nombre. Al verlo, Óliver torció el gesto, aunque Cora y Sebastian no parecieron advertirlo.

—Antes de que se me olvide —comentó Sebastian—. Ya es oficial: la semana que viene van a venir esos blogueros de tu país para grabar *Exiliados*. Eres el único *spanier* de la empresa, así que no vas a poder librarte.

—Español. Se dice español. —Óliver resopló sin ganas y dejó el libro sobre la mesa—. Mierda, había olvidado lo del programa. ¿Realmente es necesario?

—Parece que sí. —Cora se retiró el mechón azul de la cara y se cruzó de brazos—. Falta concretar la hora de grabación, pero el contrato está firmado. El programa comenzará aquí y te acompañará por algunos lugares de la ciudad.

—Me lo pensaré. No prometo nada.

Se produjo un silencio extraño, que fue interrumpido por la animosa e insistente forma de hablar de Sebastian.

—Estas cosas podríamos estar discutiéndolas junto a la barra de un bar. Vamos, chaval, deja para mañana lo que sea que estés haciendo y ven con nosotros. Hoy invito yo, por ser un día especial.

—Otro día me apunto, lo prometo —sentenció Óliver, dando por concluida la conversación—. Esta tarde no estoy para fiestas.

Era consciente de que emborracharse a cervezas el día de su cumpleaños con las dos únicas personas que le agradaban en toda la ciudad, teniendo en cuenta lo duro que había trabajado los últimos meses y la espléndida tarde que hacía en el exterior, no era para nada un mal plan. También sabía que protagonizar un programa en Internet tan popular como *Exiliados* podría resultar incluso divertido. ¿Cuál era el problema? Detestaba que lo obligaran. Reaccionar como lo acababa de hacer era consecuencia de su carácter antisocial; su inseguridad hacia los demás, especialmente aquellos que más afecto le demostraban; su miedo a relacionarse. Pero también era el fruto de su gran virtud: la mente fría y cuadriculada que lo había convertido en una máquina de resolver problemas mucho mejor que la gran mayoría de seres humanos.

Había sido así desde que era niño.

Sebastian miró por encima de su hombro y observó el proyector en negro que antes reproducía el plano de estaciones.

—De la semana que viene no pasa —dijo, y sin que nadie más mediara palabra, se dieron la vuelta y dejaron a Óliver de nuevo a solas con la Nueva Red.

El cumpleaños recogió los papeles de la mesa, apagó el equipo y abandonó su puesto con cierto sentimiento de culpa.

Nada más cruzar el torno de seguridad del vestíbulo, Óliver se dirigió a la máquina de mensajería. Acercó su iris al detector óptico, y uno de los cajones de los que constaba la máquina se abrió. Recogió el envío, que no era otra cosa que un sobre de color arena del tamaño de una cuartilla, y se dirigió a la estación de metro.

Con la cabeza apoyada en la ventanilla del vagón, observaba adormilado los barrios de Berlín pasando ante sus ojos como si se tratara de un rapidísimo carrusel. Fuera, a pesar de la luminosidad del día y un cielo intensamente azul, el mundo parecía frío. Óliver pensaba en ello mientras tamborileaba sus dedos llenos de piel levantada contra el sobre que acababa de recoger. Tenía que dejar de morderse las uñas de una puñetera vez. Era una odiosa costumbre que había adoptado al poco tiempo de ingresar en la empresa.

Todo empezó cuando su madre lo convenció para que se matriculara en una facultad de un país próspero como Alemania. Allí, según decía ella, se forjaría un futuro acorde con su valía, «cosa difícil en España, donde la chusma parece reproducirse como las células en un cáncer».

Había otra razón. Mamá estaba empeñada en sacarlo de casa. Deseaba que se moldeara una vida social como hacían los demás chicos. Simplemente quería que abandonara la monotonía gris en que se había convertido su vida: cuando no estaba en clase o estudiando en su habitación, compraba un libro de diseño, o de informática, o de electrónica, y se ponía a aprender por su cuenta. Lo que más dolía a mamá era que aprovechara la menor ocasión para acercarse a la casa del Yayo y compartir su tiempo con él.

Después del *electroshock*, el Yayo se había convertido en un hombre completamente diferente. Su conducta, buena y sumisa, le había servido para abandonar el centro psiquiátrico de Ámbar en 2008, es decir, menos de dos años después de la intervención. Ahora vivía en su casa de divor-

ciado en compañía de Ghâlib, un joven tunecino que se encargaba de los quehaceres de la casa por cuatro duros. Según lo que Óliver sabía, no era que mamá no se alegrara de que él y el Yayo siguieran manteniendo una relación estrecha, pero esa no era vida para un adolescente, sencillamente.

Él había asumido que la mejor manera de superar el miedo a salir de su zona de confort era enfrentarse a él. De modo que hizo caso a las recomendaciones de su madre y se matriculó en la TUB (Universidad Técnica de Berlín). Aunque temía la perspectiva de morirse de soledad, esperaba que esta decisión le inmunizara contra su pánico a relacionarse. No es que fuera un bicho raro, ni mucho menos. Era solo que no le gustaba mucho salir y hablar con otros seres humanos.

El cambio de aires resultó sorprendente para Óliver. Tres acontecimientos tan significativos como inesperados sucedieron desde que empezara su nueva vida berlinesa. En primer lugar, a pesar de que había supuesto que sería una etapa pasajera de su vida y, por lo tanto, no merecía la pena hacer grandes amistades, Sebastian y Cora habían calado en él más hondo que ninguna otra persona de su edad. Cora, en concreto, le pareció fascinante. No era hermosa de un modo convencional, al menos no según los estándares españoles. Su rostro nórdico, terminado en una gran frente, contrastaba con el rojo intenso que solía lucir pintado en sus finos labios y que recordaba a una mancha de sangre sobre la nieve. Sus extravagancias, como la media melena oscura salpicada de cobalto eléctrico, inspiraban atracción, gracias en parte a una sonrisa que seducía aun cuando la timidez de ella invitaba a lo contrario; esta era una característica que se le antojaba a Óliver enigmática, casi sensual. No había muchas mujeres en su departamento, solo doce contando a las que ya hacía años que habían superado la menopausia, pero Cora era, con diferencia, la más interesante. Y había una cosa más: del orificio izquier-

do de la nariz le colgaba un pendiente de aro que le hacía, en fin, fantasear.

En lo más profundo de su ser, no obstante, la detestaba. En ocasiones creía que se sentiría reconfortado si le diera bofetadas hasta borrar su belleza por completo. La ataría a un árbol y la observaría suplicar clemencia. Se acostaría con ella y en el momento del clímax, la estrangularía. Deseaba no haberla conocido nunca, y algo en su interior se retorció de ira cada vez que ella lo miraba tras sus enormes ojos claros. Eran sentimientos ficticios, en realidad, y siempre terminaba por asumir la razón de su odio hacia ella. La odiaba porque era especial, preciosa e inalcanzable; porque quería hacer el amor con ella y no lo haría nunca; porque alrededor de su delicado cuello, que parecía suplicar que lo besaran, un detestable pañuelo rosa se burlaba de él. Era el severo símbolo de castidad alemán. Cora era virgen y lo sería siempre, pues esa había sido su propia voluntad.

El segundo gran acontecimiento se produjo a los cuatro años de que Óliver se mudara a Berlín, cuando todavía no se había licenciado. El 19 de marzo de 2018, la democracia española sufrió una severa derrota. Al igual que sucediera en 2016, tras dos fracasos electorales consecutivos en los que ningún partido político consiguió la mayoría absoluta de votos, el país quedó huérfano de gobierno durante casi un año. Pero esta vez, al contrario que entonces, no llegó a alcanzarse ningún acuerdo entre los líderes políticos de distinta ideología. Los empresarios más poderosos del país, nerviosos ante la inestabilidad social, política, y sobre todo económica que se presentaba, dieron un golpe sobre la mesa y asumieron el control. Cansados de políticos sin capacidad de negociación, una asociación de ocho directivos que más tarde se conocería como El Grupo firmó el pacto por España. En él, prometían hacerse con el control del país hasta que terminara la crisis gubernamental en la que este se encontraba.